

DE LOS ORIGENES DE LA ORDEN de JORDAN DE SAJONIA

La traslación de las reliquias

121. La divina bondad, en su insondable sabiduría, acostumbra a diferir muchas veces el bien, no para que desaparezca, sino para que, aplazado, brote con más abundancia a su debido tiempo. Sea porque Dios quería proveer de mejor modo a su Iglesia, o porque algunos, opinando diversamente, seguían sin prudencia una senda de simplicidad, pareciéndoles que bastaba que Dios conociera la inmortal memoria de su siervo Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, no se preocuparon de darlo a conocer a las gentes. Como se ha indicado ya [n.97-98], una cierta niebla se había posado sobre los corazones de los frailes, hasta el punto de que apenas se encontraba quien respondiera con la gratitud debida a la acción de la gracia de Dios.

122. Así pues, tras la muerte de este hombre de Dios, se despertó la devoción del pueblo, y acudían muchos aquejados de diversas enfermedades y todo género de molestias. Permanecían allí día y noche y aseguraban que habían recuperado completamente la salud. Dejaban testimonio de sus curaciones, colgando en la tumba del Santo efigies de cera, representando ojos, manos, pies y demás miembros, según la variedad de sus enfermedades y la multiplicidad de curaciones obtenidas. En verdad que, la vida de que gozaba en el cielo, se traducía en forma de milagros sobre la tierra. Les pareció, pues, a muchos que no debían aceptar testimonios de milagros, no fuera que bajo apariencias de piedad, incurrieran en algún tipo de lucro. Y así rompían y arrojaban fuera los exvotos. Así, manteniéndose en su propia opinión, y buscando una perfección desacertada, descuidaron atender al común provecho de la Iglesia y ocultaron la manifestación del poder de Dios. Algunos pensaban de modo diferente pero, por cobardía, no se atrevían a enfrentarse con los primeros.

123. Así sucedió que la gloria del Padre Santo Domingo estuvo adormecida durante casi doce años, sin veneración de nadie. Permanecía escondido el tesoro y carente de utilidad; se privaba de los beneficios del cielo, que otorga el Dador de todo bien. ¿No era acaso de estricta justicia que se privara del favor divino, a los que pretendían ocultar la gracia y la gloria de Dios? El grano no madurará en fruto, si cuando se siembra es pisoteado una y otra vez. Brillaba con frecuencia el poder taumatúrgico de Domingo, pero la incuria de sus hijos lo apagaba. El que es paciente y muy misericordioso [Nm 14,18], esperaba con paciencia; cuando no se alzaba voz alguna, ni se formulaban deseos de dar el debido honor al Santo de Dios, Domingo, proporcionó el Señor una ocasión para estimular la dejadez de los frailes.

124. Con el crecimiento de los frailes en Bolonia se hizo necesario ampliar la casa y la iglesia. Para alzar la nueva edificación se derruyó lo antiguo, y el cuerpo del siervo de Dios permaneció a la intemperie. ¿Quién que fuera razonable, podía juzgar digno de que semejante espejo de pureza, vaso de castidad, sagrario de virginidad, órgano del Espíritu Santo, continuara en una tumba tan humilde bajo el pavimento, él, que durante toda la vida, como declaró en su última confesión a doce sacerdotes presentes, nunca había arrojado de la morada de su corazón con el pecado mortal, al dulce huésped del alma [Secuencia de Pentecostés], el Espíritu Santo? Vueltos en razón algunos frailes trataban entre sí de trasladarlo a un lugar más decente, pero ni esto querían hacer sin el permiso del Romano Pontífice. Verdaderamente en muchas ocasiones se comprueba que la virtud de la humildad merece la exaltación. Podían de por sí los frailes e hijos sepultar a su Padre, pero recurriendo en esto a una mayor autoridad resultó más ventajoso, porque así no se haría sólo una simple mudanza, sino un traslado canónico del glorioso [Padre].

125. Pero también en esto hubo descuido. Las gestiones de los frailes en orden a encargar un sarcófago decente iban para largo; entre tanto, otros fueron al Sumo Pontífice Gregorio [IX] para comunicarle aquel proyecto, que había sido ya diferido en otras ocasiones. El, sin embargo, como era un hombre grande en celo y en fe, les reprendió muy duramente, porque habían descuidado prestar el honor debido a tan gran Padre. Y añadió: «Yo conocí en él a un hombre seguidor de la norma de vida de los Apóstoles, y no hay duda de que está asociado a la gloria que tienen ellos en el cielo». Al no poder ir él en persona por estar impedido con

muchos asuntos, escribió al arzobispo de Rávena para que asistiera con sus sufragáneos a una traslación tan relevante.

126. Queriendo, pues, el Señor omnipotente disipar las tinieblas de la dejadez, por medio del parecer del pastor de la Iglesia universal, abrió también Él su mano desde lo alto, y se dejó oír con la voz de los milagros, para dar a entender de un modo claro que toda la corte de la Jerusalén celeste exultaba y se congratulaba entonces con inmensa alegría, por la declaración en la tierra de la gloria de su ilustre conciudadano. Pues los santos, desterrada de ellos la incitación de la envidia, y estrechados en los brazos del amor divino, desean que la abundancia de sus bendiciones sea común a todos. Se reveló y demostró espléndidamente la santidad del elegido de Dios, Domingo, en el dar vista a los ciegos, andar a los cojos, salud a los paralíticos, habla a los mudos, ahuyentar a los demonios, en la curación de fiebres y destierro de diferentes enfermedades. En esta solemnidad, vimos saltar a Nicolás de Inglaterra, por largo tiempo paralítico; cede una enfermedad incurable de mal de higo tras hacer un voto; desaparecen tumores, y muchas otras cosas que quedaron manifiestas con toda claridad en la exposición y lectura que se hizo el día de la canonización ante el Sumo Pontífice, los cardenales y demás presentes. No es de admirar que pudiera hacer todo esto, reinando ya con Dios, quien, revestido todavía de mortalidad, recuperó ileso de las llamas del fuego el libro en que hizo una exposición de fe, sintió presente a la Santísima Virgen al lado de un fraile enfermo, alejó la lluvia con la señal de la cruz, con su oración encendió una vela caída en el fango, libró a un novicio de las aterradoras llamas que habían prendido en su ropa, arrojó al demonio con la cruz, preanunció a dos personas la muerte del cuerpo, y a otras dos la del alma, devolvió la vida a dos personas en Roma; en su muerte vio a Cristo que le llamaba, se apareció coronado de gloria a un canónigo discípulo suyo, apareció ascendiente en un trono de gloria, elevado mediante unas escalas luminosas por la Virgen María y su Hijo. Las letras de su canonización dadas por el Papa Gregorio [IX] atestiguan muchos milagros relevantes, y gestas gloriosas de su vida de santidad.

127. ¡Llegó, por fin, el día memorable de celebrar la traslación del eximio doctor! Se encontraba presente el venerable arzobispo [de Rávena] y una multitud de obispos y prelados; había también allí un gentío de devotos, provenientes de todas partes; hacían la guardia las milicias armadas de Bolonia, para impedir que fuera robado aquel santísimo cuerpo que les protegía. Los frailes estaban ansiosos, pálidos, oraban con temor; temían de lo que no había que temer, a saber: que el cuerpo de Santo Domingo, encerrado durante tanto tiempo en un lugar muy humilde y expuesto a las lluvias y calores, pudiera, como el resto de cadáveres en descomposición, desprender un olor desagradable ante los presentes, y así se oscureciera la devoción hacia Santo tan grande. No sabiendo, pues, qué hacer, no les quedaba otro camino que el de encomendarse totalmente al Señor. Se acercaron los obispos con veneración; vinieron otros con herramientas apropiadas; quitaron la lápida, unida al sepulcro con cemento bien fuerte; debajo estaba la caja de madera sobre la que había tierra, tal como había sido inhumado el sagrado cuerpo por el venerable Papa Gregorio [IX], entonces obispo de Ostia; en la caja resaltaba un pequeño agujero.

128. Una vez levantada la losa, comenzó a salir por aquel agujero un olor admirable. Los presentes quedaron atónitos por tanta fragancia, y se preguntaron qué era aquello. Mandan quitar la cubierta de la caja, y he aquí que da la impresión que tuviéramos delante, aunque superándolo, una tienda de perfumes, un paraíso de aromas, un jardín de rosas, un campo de lirios y violetas, o la fragancia de todas las flores juntas. En algunas ocasiones cuando llegan los carros a Bolonia difunden por toda la ciudad mal olor; por el contrario, cuando se abre el sepulcro del glorioso Domingo, la ciudad se alegra y purifica con un perfume que supera la fragancia de todos los aromas. Estupefactos y aterrados los presentes, cayeron de rodillas. Después prorrumpieron en dulce llanto entremezclado con gozo; se contraponían en su ánimo el temor y la esperanza, y pugnaban entre sí ambos sentimientos al experimentar aquel suave olor. También nosotros experimentamos la mencionada fragancia, y testificamos cuanto hemos visto y sentido. Aunque ermanecimos de propósito por largo tiempo junto al cuerpo de Domingo, no lográbamos saciarnos de tanta dulzura. Aquella dulzura disipaba el malestar, aumentaba la devoción, suscitaba los milagros. Si se tocaba el cuerpo con la mano, la correa, o con cualquier otra cosa, permanecía el olor por largo tiempo adherido a ellos.

129. Los restos fueron trasladados a un sepulcro de mármol para ser guardados con sus propios aromas. Brotaba un olor admirable de aquel cuerpo santo, mostrando a los presentes con toda claridad que allí estaba el buen olor de Cristo. El arzobispo [de Rávena] celebró la misa con toda solemnidad y, como era martes de Pentecostés, el coro entonó el introito, «Recibid el gozo de vuestra gloria, dando gracias a Dios que os ha llamado al reino celeste». Los frailes, en su alegría, tomaron semejantes palabras como venidas del cielo. Sonaban las trompetas, la multitud alzaba en sus manos gran cantidad de cirios; una solemne procesión se puso en marcha, mientras por todas partes resonaba el canto «Bendito sea Jesucristo». Estos hechos tuvieron lugar en la ciudad de Bolonia, el día 24 de mayo del año de gracia 1233, presidiendo la Sede Romana Gregorio IX, y gobernando el Imperio Federico II.

130. Aun cuando el número de milagros sólo es conocido por Dios, he puesto por escrito unos pocos entre los máximamente auténticos, y que fueron leídos en su canonización, ante el Sumo Pontífice, reverendos cardenales y todo el clero y pueblo presente.